ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL ACEITE DE BELLOTAS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

DE

D. RICARDO CABALLERO

Y

D. JOSÉ MONTES DE OCA.

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO PRINCIPAL *de Barcelona la noche del 9 de Noviembre de 1872.*

Segunda edicion.

MADRID.
OFICINAS: SEVILLA 14, PRINCIPAL.
1873.

12

EL ACEITE DE BELLOTAS.

DELEGADA
DEL
RO ARTÍSTICO
depositados en la
eca Nacional
Procedencia
LBORRAS
la procedencia
4296.

EL ACEITE DE BELLOTAS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

DE

D. RICARDO CABALLERO

Y

D. JOSÉ MONTES DE OCA.

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO PRINCIPAL *de Barcelona la noche del 9 de Noviembre de 1872.*

Segunda edicion.

MADRID.
OFICINAS: SEVILLA 14, PRINCIPAL.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
MANUELA.	D.ª Fabiana Garcia.
D.ª NICOLASA.	D.ª Felipa Orgaz.
PERICO.	D. Domingo Garcia.
D. RUFO.	D. José Barta.

La escena en Madrid y en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises en los cuales hayan celebrado ó celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemptares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BARCELONA.—Imprenta de J. Jepús, Petritxol 10, bajos.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR CÓMICO

D. DOMINGO GARCIA.

Este juguete no tiene mas valor que el que V. ha sabido darle. Acéptelo como débil prueba de la amistad que le profesan sus afectísimos

LOS AUTORES.

720670

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elaceitedebellot00caba

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada; puerta al foro y dos laterales en primer término: á la derecha del actor, en segundo término, balcon. Entre los muebles figuran: un armario cerrado, una mesa con tapete, un velador con recado de escribir y un cuelga capas con ropa en uno de los ángulos de la sala.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MANUELA y D. RUFO vestido con cierta elegancia ridícula pero sin exageracion, mirándose en un espejito de mano y frotándose el bigote con un cepillo de dientes.

D. RUFO. ¡Ajajá!! ¡Eh ¿Que tal Manolita? aqui tienes ya mí cabello transformado, merced al maravilloso invento de L. de Brea y Moreno.

MANUELA. ¡Ay, señor, y es verdad!

D. RUFO. ¿No te parezco mas pollo, mas rozagante?

MANUELA. ¡Vaya! Está usted mucho mejor; yo lo creo, como si le hubieran quitado quince años de encima.

D. RUFO. ¡Oh, escelente líquido; sin igual aceite de bellotas, que tienes el privilegio de rejuvenecer y de hacer salir el pelo aun en los cráneos tratados con mas rigor por las injurias del tiempo!

MANUELA. ¡Que dice usted! ese aceite...

D. RUFO. Tiñe, hace brotar y crecer el cabello, lo suaviza, le dá brillo, y creo haber leido en la *Correspondencia*, que aplaca los dolores reumáticos y estrae los callos de

raiz. Hasta ahora no me habia yo fijado en este específico; pero oidos los elogios que de él hace el limpiabotas de la calle de la Montera, me dije: ¡que diablos, provemos, y la prueba no ha podido ser mas satisfactoria. ¿Vés? con una pasadita de cosmético, y una mano de aceite para darle brillo... Anda, anda y dí á Nicolasa que venga.

MANUELA. No está en casa, señor; ha salido.

D. RUFO. ¿Y donde diablos ha ido mi muger á estas horas?

MANUELA. Me parece que á darle un paseo á Mirta; como la pobre está medio mala....

D. RUFO. Asi se muera; ¡dichosa perra!

MANUELA. ¡Vaya! pobrecita! no tenga usted malas entrañas,

D. RUFO. Me encocoran esos vichos. ¡Y luego mi muger... no le prodiga pocos cuidados mi muger! Mirta es el objeto de todas sus atenciones; todas sus caricias son para Mirta; para Mirta el bocado mejor que se presenta en la mesa; Mirta le ha de calentar la cama, y yo tengo que sufrir los gruñidos, mordiscos, y lo que es peor, las inconvenientes debilidades de Mirta.

MANUELA. ¡Pobre señor!

D. RUFO. Ayer, sin ir mas léjos, tenia en mi mesa, ya concluido un expediente que con precision habia de presentar á mi gefe. Pues bien; Mirta se encaramó sobre la mesa y volcó el tintero sobre el expediente poniéndome en un grave compromiso. Pero me la pagó, porque le sacudí un estacazo que medio la perniquebré!

MANUELA. ¿Y que dijo la señora?

D. RUFO. No lo sabe, y Dios me libre de que lo sepa. Buena se pondria... (*Suena una campanilla.*)

MANUELA. Llaman.

D. RUFO. Mira quien es. Será ella. ¿No lo dije? la misma.

ESCENA II.

Dichos y D.ª NICOLASA que viene de la calle con un perrito en los brazos.

D.ª NICOLASA. Rufo, Rufo, hay que tomar una determinacion. Mirta está enferma; yo no sé lo que tiene, pero está enferma.

D. Rufo. (Lo que tiene es el garrotazo que le atizé ayer mañana.)

D.ª Nicolasa. Apenas puede andar; la dejo en el suelo y no se mueve; me hecha unas miradas de tristeza que dá compasion; no sé de qué nace su melancolía. Esta perra necesita distraccion.

D. Rufo. Llévala á la ópera.

D.ª Nicolasa. Rufo; te prohibo las bufonadas; ¡ángel mio, bien se conoce que no la puedes ver.

D. Rufo. Pero muger; ¿es posible que un miserable animal...

D.ª Nicolasa. No me la insultes Rufo. Ya sé que no es de tu agrado, pero no tienes mas remedio que pasar por ello. Ya que Dios no te dá hijos...

D. Rufo. El demonio me dá perros.

D.ª Nicolasa. Pero, ahora que reparo... ¿A donde vas tan de punta en blanco?

D. Rufo. Te diré: hoy es el santo del gefe de mi negociado, y con tal motivo nos dá esta noche un tée á todos sus subalternos. No puedo prescindir de frecuentar su tertulia, que se diria...

D.ª Nicolasa. Rufo no me engañes; ¿para eso te has acicalado tanto?

D. Rufo. Si, muger... no he de ir hecho una facha. Cuando se tiene que alternar con personas de cierta posicion... Es verdad que yo apenas acostumbro á sacar los trapitos de cristianiar... pero en las grandes solemnidades, en un dia como el de hoy, no cabe otro medio.

D.ª Nicolasa. Hombre, ven acá: ¿que mania te ha dado de teñirte el cabello? ¿Si lo tienes gris, como ha variado de color? pensará todo el que te conozca.

D. Rufo. Pues ahí verás; misterios de la ciencia Nicolasa. Aqui tienes el precioso talisman, causa de esa transformacion tan admirable. (*Presentándole una botellita que habrá encima del velador.*)

D.ª Nicolasa. ¡Aceite de bellotas!... que porqueria!

D. Rufo. No profanes, Nicolasa, con tan desaseado epíteto, la esclarecida virtud de este rico producto de la añosa encina. ¿Tú sabes lo que es el aceite de bellotas? Este maravilloso específico, preparado con sávia de coco ecuatorial, está admitido en todos los tocadores del mundo para hacer salir y espesar el cabello, lustrarlo y de-

senredarlo. Mas de ochocientos periódicos lo han recomendado; así lo dice el autor en los anuncios que publica la *Correspondencia*.

D. Nicolasa. Pues tú, el autor y la *Correspondencia,* direis lo que os dé la gana; lo cierto es que á doña Baltasara, la del piso principal, empezó á caérsele el pelo, acudió á ese aceite y á los quince dias...

D. Rufo. A los quince dias tendria una hermosa cabellera.

D.ª Nicolasa. Lo que tenia á los quince dias era la cabeza monda y lironda como un calabacin.

D. Rufo. No puede ser; ese aceite no seria el verdadero. Y apropósito: ¿porqué no le das un traguito á Mirta? puede que se pusiera buena; cura el reuma, y otra porcion de enfermedades.....

D.ª Nicolasa. Calla, calla; no me hables mas de ese mejunge.

D. Rufo. Bien, como quieras; tú te lo pierdes. (*Mirando el reloj.*) Caramba, caramba, ya son las ocho.

Manuela. (¡Las ocho! y Perico que estará aguardando!....)

D.ª Nicolasa. Si has de venir tarde, llévate el llavin.

D. Rufo. Pienso retirarme temprano, pero con todo me lo llevaré por si os quereis recoger en seguida.

D.ª Nicolasa. Yo bajaré un ratito á hacerle compañía á doña Baltasara, y á las diez me meteré en la cama.

D. Rufo. Eha! buenas noches.

Manuela. Señor, se va V. sin paraguas? Tome V., que está cayendo un aguacero .... (*Dándole un paraguas.*)

D. Rufo. ¡Dichoso tiempo! gracias Manolita.

D.ª Nicolasa. Qne procures retirarte temprano.

D. Rufo. Descuida, mujer.

ESCENA III.

D.ª NICOLASA Y MANUELA.

D.ª Nicolasa. Toma la Mirta, Manuela; colócala sobre mi cama, arrópala bien con un manton, y dale unos bizcochos remojados en jerez.

Manuela. Está bien, señora. (*Tomando la perra.*)

D.ª Nicolasa. Enseguida, sube al cuarto tercero y dí á don Ramon que me haga el favor de bajar.

MANUELA. ¡A D. Ramon! ese estudiante de medicina á quien no puede ver el amo!

D.ª NICOLASA. Quiero consultarle sobre la enfermedad de Mirta.

MANUELA. No vendrá; sabe V. que D. Rufo lo hechó con cajas destempladas, cuando en su última enfermedad quiso administrarle un par de sangrías para aliviar su dolor de estómago. Y como además ese jóven es tan tímido....

D.ª NICOLASA. Tienes razon; pero ello es preciso que baje. Ah! le escribiré y tú llevarás la carta. Anda; acuesta ahora á Mirta y no te entretengas.

MANUEL. Está bien, señora. (Y Perico que está esperando: se hallará el pobre hecho una sopa.)

ESCENA IV.

D.ª NICOLASA.

Voy á escribir á ese jóven. No sé porqué me dá el corazon que le he de deber la existencia de mi pobrecita Mirta. Pongamos manos á la obra. (*Se sienta y escribe.*) «Caballero: venga V. sin cuidado, mi esposo está ausente y debemos aprevechar los momentos. V. solo puede consolar mi infortunio; venga V., se lo suplica encarecidamente su afectísima: Nicolasa.»

ESCENA V.

D.ª NICOLASA MANUELA.

MANUELA. Ya está acostada la perra.

D.ª NICOLASA. Cuidala bien. Yo me voy un rato con doña Baltasara. Toma la carta para D. Ramon; en cuanto baje llámame en seguida.

MANUELA. Está bien. (*Tomando la carta.*)

ESCENA VI.

MANUELA.

Eha! vamos á darle los bizcoches á la perra. Aquí está la copa. Calle! ¿y el jerez? *(Yendo hácia el armario.)* Lo ha dejado encerrado; (*Reparando en la botellita que está encima del velador.*) en cambio al amo se le olvidó guardar su aceite de bellotas. Qué idea! si dándole á la perra de este aceite que lo cura todo, se pusiera buena... por probar nada se pierde; qué diablos! de todos modos esto no le puede hacer daño. *(Vacia el líquido de la botella en la copa.)* Asi; con una copa tendrá bastante. Pero, ay Dios mio! y Perico? *(Deja la copa encima de la mesa.)* pobrecillo! ya me habia olvidado de él. Le haré seña de que puede subir sin temor. (*Apaga la luz.*) Ya está. ¡Bonito se habrá puesto con el aguacero que cae! Hola! ya está ahí, voy á abrir.

ESCENA VII.

MANUELA y PERICO, vestido de soldado de infantería.

PERICO. ¡Manoliya! (*Entrando á tientas.*)

MANUELA. Calla, condenado, que te pueden oir. ¿Has cerrado la puerta?

PERICO. No, que la iba á ejar abierta, pá qué de ripente ayegue tu amo y me pique la retaguardia. Nosotros los melitares semos mú precavios.

MANUELA. Ay. (*Tropezando con una silla.*)

PERICO. Qué es eso?

MANUELA. Que he tropezado con una silla.

PERICO. Ten cudiao mugé! Sabes que vengo lo mesmito que una sopa? Manoliya!

MANUELA. Que!

PERICO. Aonde estás?

MANUELA. Aquí.

PERICO. Y aonde es ahí?

MANUELA. En la puerta de la alcoba.

PERICO. (¡Se irá á acostá?) Manoliya!

MANUELA. Qué hombre, qué...!

PERICO. ¿Mas traio aqui pá jugá á la gayina siega? Ensiendes lú ó no?

MANUELA. A eso voy; deja que encuentre los fósforos.

PERICO. Sinó es mas que por eso ayá vá una seriya. (*Sacando una caja y encendiendo.*) Grasia á Dió!

MANUELA. Trae, hombre; no tienes espera.

PERICO. Pos pá esperá está el hombre que se ha estao esperando tres cuartos de hora bajo la inclemensia de una canal.

MANUELA. No es eso lo peor, sinó que te tienes que ir enseguida.

PERICO. Qué me cuentas! Con que trás de ayegar tarde y mojao... Manoliya esto no es rigulá!

MANUELA. Y que quieres! no podemos pasar por otro punto. Toma, de paso que te vas sube esta carta al cuarto tercero.

PERICO. Pero esplícame al ménos...

MANUELA. Es muy sencillo. Mi ama, como todas las noches, ha bajado al cuarto principal y ha de subir en el momento que baje el sujeto á quien vá dirigida esa carta.

PERICO. Es decir que cuando el sujeto baje...

MANUELA Yo llamaré á mi ama que está esperando.

PERICO. Pos que aspere asentá. (*Guardándose la carta en el bolsillo.*)

MANUELA. ¿Qué haces?

PERICO. Guardarme la carta : eha!

MANUELA. Perico!

PERICO. No me alevantes el gayo, porque soy capás de dársela à tu amo y descubro el pastel de la señora.

MANUELA. Aquí no hay pastel que valga, ese jóven es médico.

PERICO. Y á quien vá á vení á curá prendá?

MANUELA. A la perrita.

PERICO. Manuela, tú tas figurao que te vás á divertí conmigo? desgrasiá de tí si aluego salimos con que la perra eres tú.

MANUELA. ¡Perico, no seas animal!

PERICO. Mia que no te premito indireutas.

MANUELA. Hombre, no seas majadero, te he dicho la verdad, el médico viene para ver á Mirta.

PERICO. Te se pué creer?

MANUELA. ¿Que interés puedo yo tener en engañarte? Vamos, llevas la carta?

PERICO. Aguantaté media hora.

MANUELA. Bueno: haz lo que quieras. (*Sentándose incomodada y volviéndole la espalda.*)

PERICO. ¿Te has enfadao? Mejor. Asi como asi la noche está ya de borrasca... ¡Manoliya!

MANUELA. No me hables.

PERICO. Tonta! ¿te vás á jasé la interesante? Toó eso es finjio. (Provesiya! de veras que siento haberla incomodao ¡Caye! (*Viendo la copa.*) y me tenia una copa aprevenia. No viene mal pa entrá en caló. (*Bebe.*) ¡María, Santísima del Cármen!

MANUELA. ¿Que es eso?

PERICO. ¿Que demonio ó bebia es esta?

MANUELA. ¿Te la has tomado?

PERICO. De un trago.

MANUELA. Ja, ja, ja.

PERICO. No te rias.

MANUELA. Me alegro, por goloso.

PERICO. ¿Pero, que he bebío?

MANUELA. Aceite de bellotas.

PERICO. ¿Y paqué sirve?

MANUELA. Para que crezca el pelo.

PERICO. ¡Mugé! pos me vá á salí un bisoñé en el estómago.

MANUELA. Yo lo tenia preparado para la perra.

PERICO. Que mar gusto tiene el condenao. ¡Huy!

MANUELA. ¿Que es eso?

PERICO. Naá, que comiensa á haser operasion. Madao un frio...

MANUELA. Es claro: como que tienes el capote calado. Quitateló, lo tenderé sobre una silla, y ponte mientras esta bata del amo.

PERICO. No has pensao mal. (*Se quita el capote y toma la bata.*) Pero Manuela estás segura que no pué traerme consecuensias esta mardita bebía?

MANUELA. Si, hombre; si es una medicina que dice mi amo que es buena para todo.

PERICO. Como no sea verdá, voy á fusilá á tu amo.
MANUELA. ¡Ay! que llaman!
PERICO. ¡Caracoles! *(Asustado.)*
MANUELA. Será la señora. Escóndete.
PERICO. ¿Aonde? (*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*)
MANUELA. ¡Ay, Dios mio! No; ahí no. (*Deteniéndola.*)
PERICO. ¿Pos aonde? *(Sin saber donde acudir.)*
MANUELA. Aquí. (*Señalándole la puerta de la derecha.*) No me llega la camisa al cuerpo. (*Se dirige á abrir y llévase al mismo tiempo el capote de Perico que antes estendió sobre una silla.*)

ESCENA VIII.

D.ª NICOLASA, MANUELA.

D. NICOLASA. Vengo á dar una vuelta á Mirta. Subiste la carta á D. Ramon?
MANUELA. (*Cortada.*) ¿A D. Ramon? Si; si señora.
D.ª NICOLASA. ¿Y que te han dicho?
MANUELA. No estaba, pero dejé encargado que en cuanto viniera se la dieran y bajara sinó era muy tarde. (¡Dios quiera que no me conozca la mentira!)
D.ª NICOLASA. ¡Que veo! aun no le has dado los bizcochos á la perra, en que estás pensando muger? Anda, llévaselos.
MANUELA. Voy (De paso le empino la botella del aceite.)
D.ª NICOLASA. Y hazme una taza de tée que siento amagos de jaqueca.
MANUELA. (La jaqueca es la que tú me estas dando ahora. Con tal de que Perico no salga de su escondite!)
D.ª NICOLASA. Anda, muchacha. ¡que distraida!
MANUELA. Voy, señora, voy. (El señor nos saque con bien.) (*Vase puerta izquierda.*)

ESCENA IX.

D.ª NICOLASA despues PERICO.

D.ª NICOLASA. Vamos á ver como sigue Mirta. ¿Que ruido es ese? ¿Habrá vuelto Rufo? tan temprano, no puede ser;

(*Oyese ruido en el cuarto de D. Rufo.*) y no hay duda no; el ruido es en su cuarto. Tal vez el gato (*Se dirige á la puerta de la derecha en el momento que se presenta en ella Perico.*) Ay, ay, ay...

PERICO. No se asuste usté señora.

D.ª NICOLASA. ¡Favor! ¡Socorro! ¡Ladrones!

PERICO. ¡Mare mia der sopapo! caye usté señora!

D.ª NICOLASA. ¡Que me asesinan! ¡Ay, ay, ay! (*Cae desmayada en un sillon á la derecha.*)

PERICO. ¡Pos esta es mas negra!

ESCENA X.

Dichos y MANUELA.

MANUELA. Se lo tomó todo.

PERICO. Manuela, ven acá que le ha dao á tu ama un soponsio.

MANUELA. ¡Ay, Dios mio de mi alma! Te habrá visto! La habrás asustado, ¿que vá á ser de mí?

PERICO. No te aflijas tu ahora.

MANUELA. ¡Me has comprometido!

PERICO. ¡Chiquiya!

MANUELA. No respira, pobre ama mia, la has muerto.

PERICO. ¡Yo! ¿con qué?

MANUELA. ¡Ay, ay, ay! (*Cae desmayada en otra butaca á la izquierda.*)

PERICO. Arrima, ahora la otra. ¡Y qué hase un melitar con dos mugeres en esta positura! (*Haciéndole aire.*) Manoliya, náa, no dá lús. (*Acudiendo á D.ª Nicolasa.*) ¡Señora! Está engarrotá! A ver el pulso... Dios mio esta muger se ha muerto. ¡Menuo jaleo se vá á armar aqui en cuanto la otra guerva en sí! Cubramoslá. (*Toma el cuelga-capas y cubre con él á D.ª Nicolasa.*) ¡Mardesia sea mi suerte! cuando yo creia pasá una güena noche, se me enrea esta culebra. No, pos yo me najo al cuarté. (*Se dirige á la puerta y se detiene asustado.*) Ay que abren la puerta; sin dua es el chavó de D. Rufo. ¡San Cucufate me varga! Aquí me cuelo. (*Se mete debajo del velador*).

ESCENA XI.

Dichos, D. RUFO, PERICO bajo la mesa.

D. Rufo. ¡Valiente chasco me hé llevado! La esposa del gefe se halla indispuesta y se ha aplazado la reunion. Aun no habrá subido mi muger.

Manuela. Ay! (*suspirando.*)

D. Rufo. ¡Que es eso! ¿Quién suspira? ¡Ah, vamos, Manolita! pobre muchacha, se habrá quedado dormida.

Manuela. (*volviendo en si.*) ¡Ah! señor; estaba usted ahí?

D. Rufo. Acabo de llegar.

Manuela. (*Muy apurada.*) No sabe usted que desgracia.....

D. Rufo. Lo presumo. (La muerte de la perra.)

Manuela. Dios sabe que soy inocente. Puedo jurárselo á usted.

D. Rufo. Si, ya lo sé; vamos tranquilízate, eso era de esperar. En realidad yo soy el que le ha dado muerte.

Manuela. ¡Usted! (*sorprendida.*)

D. Rufo. Si. Le pegué ayer una paliza. Ya estaba de ella hasta aquí.

Manuela. (¡Quién lo dijera; y parecia que se llevaban tan bien!)

D. Rufo. Era muy puerca; tanto como su madre.....

Perico. (¡Vaya un par de alhajas! Pero con qué sereniá toma este hombre las cosas.)

D. Rufo. ¡Y lo mas desagradecidas! A la madre la estuve manteniendo por espacio de tres años, nada le faltaba en casa; pues bien, de la noche á la mañana desapareció.

Manuela. ¡Que me cuenta usted!

D. Rufo. Luego supe que se habia ido con un carnicero.

Perico. (Pos la suegra era de oro.)

D. Rufo. Y la hija, tan arisca conmigo, se pirraba por acariciar al aguador.

Perico. (¡Ave María Purísima!)

Manuela. ¡Y yo que no habia notado nada!

D. Rufo. Todo el mundo le era simpático ménos yo. ¿Qué más? un dia estaba asomada al balcon, pasaron unos jó-

venes que le hicieron no sé que morisquetas, y paf, se arrojó á la calle fracturándose una pierna.

PERICO. (¡Y este hombre estaba casao!)

D. RUFO. Diferentes veces habia pensado hecharla de casa: mas vale que se haya muerto, pues de ese modo me evita un disgusto.

PERICO. (¡Que tragaeras tiene este hombre!)

D. RUFO. ¡Ea! dame una luz que me voy allá adentro á quitarme esta ropa.

MANUELA. ¡Tome uste! (¡que cosas se ven en este mundo!)

ESCENA XII.

Dichos, ménos D. RUFO.

PERICO. ¡Chit! Manoliya. (*Saliendo de debajo del velador.*)

MANUELA. ¡Ay! Perico, vete.

PERICO. Y ¿cómo, con este saco? ¿Crees por ventura que esta es prenda de uniforme? ¿Aonde has puesto mi capote?

MANUELA. Lo recojí cuando llegó la señora y lo escondí en el ropero del amo. Si ahora lo encuentra soy perdida.

PERICO. Manuela tú me vás á comprometé.

MANUELA. Vete.

PERICO. Y ¿cómo me presento yo en el cuarté con esta facha? Me arriman sincuenta palos.

D.ª NICOLASA. ¡Ay!... (*suspirando*)

MANUELA. ¿Oyes? (*Asustada*)

PERICO. ¿Qué? (*Lo mism.*)

MANUELA. Parece que respira.

PERICO. (*Se aproxima, nota que D.ª Nicolasa se mueve y vuelve á esconderse debajo del velador.* ¡Aguanta Manoliya que está víva!

D.ª NICOLASA. ¡Ay! (*Volviendo en si.*)

MANUELA. ¿Cómo se siente usted señora?

D.ª NICOLASA. ¿Se fueron los ladrones?

MANUELA. ¡Que ladrones!

D.ª NICOLASA. ¡Eran siete! yo los hé visto.

MANUELA. Eso es ilusion, señora.

D.ª NICOLASA. ¿Lo niegas? tú eres cómplice.

MANUELA. Aquí no há entrado mas que su esposo de usted.

D.ª NICOLASA. ¡Ay! ¿de veras Manuela? Pues se me habia figurado un ladron.

MANUELA. ¡Usted si que me ha dado un susto! creí que se habia muerto; tanto, que mi señor lo achacó á la paliza que le diò á Vd. ayer mañana.

D.ª NICOLASA. ¡Una paliza!

PERICO. (Esta se lo desembucha tóo.)

MANUELA. Por él hé sabido yo la buena alhaja que es usted.

D. NICOLASA. ¡Como se entiende! ¡Deslenguada!

MANUELA. ¿Piensa usted que estaba ya poco aburrido de usted? Me lo ha dicho todo, hasta lo desagradecida que fué su señora madre cuando se escapó con el carnicero.

D.ª NICOLASA. (*Escandalizada.*) ¿Mi madre? ¿Qué jeringoza es esa?

MANUELA. Y la verdad es, señora, que no se ha portado usted bien con él; sobre todo cuando acariciaba usted al aguador.

D.ª NICOLASA. ¿Rufo ha dicho eso?

MANUELA. Y otras muchas cosas mas; y lo de romperse usted la pierna por escaparse por el balcon con ciertos jóvenes.....

D.ª NICOLASA (*Furiosa.*) ¡Eso es una infamia! Mi marido se ha vuelto loco. ¿Eso es cierto?

MANUELA. Cómo esa es luz.

D.ª NICOLASA. Yo me voy ahora mismo de esta casa. Me separo para siempre. Yo le diré.....

MANUELA. Hará usted bien; pues hace tiempo tenia pensado hecharla á usted de aquí.

D.ª NICOLASA. ¡Jesús, Jesús!

PERICO. (¡Vaya un belen que se ha armao!)

MANUELA. El amo.

D.ª NICOLASA. Déjame con él

PERICO. (Este es el trueno gordo.)

ESCENA XIII.

D.ª NICOLASA, D. RUFO y PERICO bajo la mesa.

D. RUFO. (*Con el capote de Perico en la mano.*) Gracias á Dios que la encuentro á usted. Habia bajado á casa de doña

Baltasara para confundirla y para que me explique á qué cuerpo pertenece este uniforme que hé hallado en mi guarda-ropa.

PERICO. (A la infantería.)

D.ª NICOLASA. Yo tambien deseaba ver á usted, para decirle que es un falsario. Usted ha ultrajado la memoria de mi madre; usted me ha levantado un falso testimonio, caballero.

D. RUFO. D.ª Nicolasa; yo he estado ciego, pero comienzo á ver claro; usted pisotea mi honra; usted convierte mi casa en un cuartel.

PERICO. (¿A qué se rompen la cabesa?)

D.ª NICOLASA. La comedia que trae usted estudiada, á mas de ridícula ofende á la moral. ¡Caballero, usted me falta!

D. RUFO. Y usted me sobra, señora; desde hoy es imposible que habitemos bajo el mismo techo.

D.ª NICOLASA. Soy de la misma opinion. Mi hermano vendrá á exigir á usted esplicaciones sobre su conducta.

D. RUFO. Mi conducta no tiene tacha; la de usted la pregona esta prenda ridícula.

PERICO. (¡Me parese que insurtan al ejérsito!)

D.ª NICOLASA. Pero.... esplíqueme usted señor mio: ¿Cuándo mi madre huyó de esta casa con un carnicero?

D. RUFO. No eluda usted la cuestion.

D.ª NICOLASA. ¿Cuando yo he prodigado caricias al aguador?

D. RUFO. ¡Señora, usted está loca!

D.ª NICOLASA ¡Loca! ¿eh? ¿Cree usted que no me lo han referido todo? Hasta ha tenido usted el valor de decir que estaba aburrido de mí, y que mas de cuatro veces me hubiera puesto en la puerta de la calle!

D. RUFO. ¡Señora, yo no hé dicho eso!

D.ª NICOLASA. ¿Y lo de la pierna rota?

D. RUFO. Esplíquese usted mas claro.

D.ª NICOLASA. Ya he dicho lo bastante.

D. RUFO. Nicolasa, por última vez; ¿de dónde ha salido esto?

D.ª NICOLASA. Usted lo sabrá, puesto que lo trae.

D. RUFO. Segun eso, ¿no es esta una prueba palpable de su ingratitud? ¿Las quiere usted mas claras? Pues oiga usted, señora, oiga usted y tiemble. (*Sacando la carta del*

capote y leyendo.) «Caballero: venga usted sin cuidado; mi esposo está ausente, y debemos aprovechar los momentos.» ¿Conoce usted este documento, esta letra, esta firma?

D.ª NICOLASA. (¡Mi carta para D. Ramon!)

PERICO. (Ahora si que se arma la gorda.)

D. RUFO. ¡Negará usted todavía!...

D.ª NICOLASA. (¡Cómo ha ido á parar á sus manos!...)

D. RUFO. Responda usted, señora.

D.ª NICOLASA. (No sé qué decirle.)

D. RUFO. No tiene usted palabras para vindicarse... lo creo; pero yo daré con ese rival, y mi venganza será terrible!

D.ª NICOLASA. ¡Rufo!

D. RUFO. Yo no soy Rufo; soy una hiena; quítese usted de mi vista; huya usted, señora; huya usted al Cáucaso con su amante. *(D. Rufo va retrocediendo poco á poco hasta que tropieza con el velador dejando descubierto á Perico.)*

D.ª NICOLASA. ¡Ay!

PERICO. (¡Aquí fué Troya!)

D. RUFO. ¿Quién es ese hombre?

D.ª NICOLASA. ¡El ladron!

D. RUFO. ¡El ladron de mi honra!

PERICO. Poco á poco cabayero; yo soy Perico Sarmiento; no el del cuento, sino el furrié de la tersera der segundo del Infante.

D. RUFO. ¡Tú eres el infame cómplice!.. Elije armas.

PERICO. ¡Armas! ¿Y pá qué?

D. RUFO. ¡Quiero beber tu sangre!

PERICO. ¡Si no me quea una gota der susto!

D.ª NICOLASA. ¿Qué hace usted aquí?

D. RUFO. ¡Y tú, infiel, se lo preguntas!

PERICO. ¡Señora, y usté me lo pregunta!

D. RUFO. ¿No lo conoces, eh?

D.ª NICOLASA. En mi vida lo he visto.

D. RUFO. Parece increible tanto cinismo!

PERICO. Pero si están ustés tocando el violon.

D. RUFO. Negará usted que es el amante de mi mujer.

D.ª NICOLASA. ¡Jesús!

PERICO. ¡Caracoles!

D. RUFO. ¿Negará usted que se halla embutido en mi bata?

PERICO. ¿Pero, quieren oirme?

D. RUFO. Hable usted.

D.ª NICOLASA. Hable usted.

PERICO. Pues ayá vá la verdá y que sarga er só pó Antequera. Yo soy el novio é Manuela.

D. RUFO. ¡El novio de Manuela!

D.ª NICOLASA. ¿El novio de Manuela?

PERICO. El novio é Manuela. Cabá: no es la primera noche que me hé colao aquí pá hablá con eya. Cuando ayegué me entregó una carta é la señora pá un sugeto é la vesindá; yo me la metí en er borsiyo, y es la mesma que tiene usté en la mano. Como que ha llovío tanto y mi capote estaba calao, la Manoliya me dió este saco y puso á secar el capote, pero al entrá la señora lo escondió, usté ha topáo con él y sá movio esta porvarea.

D, RUFO. Entónces, á quien ha dirigido usted esta carta? Hable usted...

PERICO. Eso; hable usté.

D.ª NICOLASA. La carta iba dirigida á D. Ramon con objeto de que bajara á visitar á la perra, y como usted está reñido con él!...

D. RUFO. ¡Será posible!

D.ª NICOLASA. Y tan posible. Ahora, digamé usted los motivos que ha tenido para ponerme como un trapo.

D. RUFO. Te creí culpable...

D.ª NICOLASA. Me refiero á las injurias que le ha contado usted á Manuela. Hable usté.

PERICO. Eso; hable usté.

D. RUFO. Pero que he de hablar, sino he dicho nada.

D.ª NICOLASA. Aquí está Manuela. Que hable.

ESCENA XIV.

Dichos y MANUELA.

D.ª NICOLASA. Habla, Manuela.

PERICO. Manuela, habla.

MANUELA. Y que quieren ustedes que díga? Que espero me perdonen si les he ocultado mis relaciones con mi primo Pedro.

PERICO. Eh?

MANUELA. (Calla, tonto.)

D.ª NICOLASA. Vamos á ver: tu amo no te ha dicho que mi madre...

MANUELA. Se escapó con un carnicero.

D. RUFO. Yo!...

MANUELA. Si señor; y que la señora festejaba al aguador; y que estaba usted harto de ella, y que...

D. RUFO. ¡Bachillera! yo no te he dicho eso.

MANUELA. Vaya!

D. RUFO. Si no hemos hablado mas que de la perra!

MANUELA. ¡Como! era á la perra á quien usted se referia!..... y yo que creí. . ja! ja! ja!

PERICO. Y yo tambien; ja! ja! ja!

D. RUFO. ¿Vés, mujer? ja! ja! ja!

D.ª NICOLASA. ¡Donoso quid procuo! já! já! já!

MANUELA. ¿Eh?
D. RUFO. ¿Cómo?
D.ª NICOLASA. ¿Qué?
PERICO. ¿Desia usté argo?
} *A un tiempo.*

TODOS. No; yo no.

D. RUFO. Nicolasa...

D.ª NICOLASA. Rufo...

D. RUFO. Venga el abrazo de reconciliacion, y pelillos á la mar. (*Abrazándole.*)

PERICO. ¡Manoliya! (*Abrazándola.*)

MANUELA. ¿Qué haces?

PERICO. Tonta! no ves que tocan á ataque?

D.ª NICOLASA. Manuela, te regalo veinte duros para que vayas empezando ha preparar tu ajuar de novia

MANUELA. Muchas gracias, señora.

D. RUFO. Y toma tú cinco duros para tabaco.

PERICO. Estimando. (No hémos escapao tan mal.) (*Se oyen los ladridos de un perro.*)

D.ª NICOLASA. Ay! oyes? Mirta ladra.

D. RUFO. Pues no ha muerto?

MANUELA. Qué! no señor; si está tan buena. A mi me debe usted tener hoy perra de provecho.

D.ª NICOLASA. A tí?

MANUELA. Si señora; porque como el amo pondera tanto su aceite de bellotas como remedio eficaz para todas las

enfermedades, se lo dí y ha obtenido una cura instantánea.

D.ª Nicolasa. ¡Es posible!

Perico. (Asertó por carambola.)

D. Rufo. ¿Lo vés, muger? ¡niega ahora la virtud de ese específico!

De hoy mas, de entusiasmo lleno,
hablaré de ese portento:
del maravilloso invento
de L. de Brea y Moreno.
Nos lo dice la esperiencia,
sus resultados penetras,
y mañana, en grandes letras
dirá la *Correspondencia*
citando ejemplos en notas:
«para la raza canina,
es eficaz medicina
el «*aceite de bellotas.*»

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta,* calle de Carretas ; de *D. Leocadio Lopez,* calle del Cármen ; de los *Sres. Medina* y *Navarro,* calle del Arenal, y de *Durán,* Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion,* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.